

Diciembre de 2005.
Con cariño para Estela

UNA ALBORADA PARA MIGUEL

“Me voy por el camino de la noche,
Dejando que me alumbren la estrellas...”
José Alfredo Jiménez.

Comienza dura zozobra.

Fue sólo un instante. Como descarga eléctrica llegó el impulso. Le comenzó cerca de las rodillas y bajó como latigazo hasta la planta de sus pies. Esta vez fue hacia los dos, no rumbo al derecho como siempre. La estremecida regresó en torbellino hacia la espalda, provocándole contracción que se extendió por brazos y manos, haciendo completo el espasmo. En seguida, el reflejo fue a parar al cerebro y en rebote hizo que pronunciara palabras incoherentes, como con dolor. Al final casi grita: “¡No!, ¡no!” En consecuencia, despertó. Abrió los ojos con apuro, a manera de escape. Sudando, Miguel, se incorporó sentándose en el catre con vista al máximo, muy fija, puesta en la pared de adobe de aquella casa campesina al pie de la sierra duranguense.

Su mujer se mostró serena como eterna compañera maternal. Le dolían quebrantos de Miguel, por siempre. Obsesionada, con el legado ético de mujer campesina, era ella. Un fino orgullo, aplicada en cuidado de hijos y esposo, hacía su comportamiento habitual, invariable, infinito.

-- Tuviste una pesadilla, me imagino. Hace mucho que no sucedía o, ¿no?
-- le dijo con serenidad acostumbrada, propia para sembrar confianza.

Miguel, aún perplejo, habló sin mover cabeza. Las palabras fueron fluyendo graves, lentas. Quería explicar y explicarse lo sucedido, un caso raro, fuera de lo común. Cosas que ocurren a los humanos muy pocas veces.

-- No sé qué pasa...Me siento confundido...Es un presentimiento y...no alcanzo a entender si bueno o malo. No te podría decir. Llegó y, aquí me tiene empequeñecido.

- Malo no es. Tú siempre haces bien y Dios es justo. Nos gratifica. A veces se tarda, Él así acostumbra. De tantas maneras lo hace que, por torpeza, no captamos. Tómate tranquilidad y descansa, no tarda en amanecer. ¿Notas que está cambiando de rumbo el viento? Si pones atención sentirás movimiento que hacen aves y animales. ¡Escucha!, el gallo canta, nos anuncia día bueno. Retírate preocupación.

- ¿Qué fecha es hoy?- preguntó el campesino.

Poniendo mano en uno de sus hombros, procurando transmitirle amor y solidaridad ante notoria incertidumbre, con voz suave, que induce al ánimo, dijo ella:

- Es 23 de septiembre.

Con esas palabras de magia envolvente, quedó cobijado, ilusionado, porque se consideraba justo ante sus semejantes. Sobre todo con mujer e hijos, a quienes entregaba cuerpo y alma. Para ellos no le bastaba darles alimento y vestimenta. Junto a la esposa se ocupaban de brindarles el estudio, inculcándoles principios justicieros. Así los recordó y una sonrisa oculta fue señal: tomó tranquilidad. Su agitado corazón, se dio descanso. Sin darse cuenta le allegó, chispeante y confortable, recuerdo de un ausente. Del vástago con mismo nombre: Miguel.

Convicción y carácter.

Horas antes, en otro lugar. El camión de carga recorría camino accidentado. La frescura en madrugada pegaba quemante al rostro de Miguel por movimiento del vehículo. En la cabina iban el chofer y dos hombres que importaban. La caja, compartían diez personas junto a Miguel hijo. No estaban en condiciones de confort. No por el frío hiriente y dureza de la plataforma, sino por el drástico compromiso que rato más tarde cumplirían. Así, en silencio, salvo intromisión lógica por ronquera del camión y tañido de la naturaleza, iban metidos en íntimas cavilaciones. El cargamento humano en ascenso y descendiendo, atravesaba geografía compleja con aroma inconfundible a serranía. Estaban juntos, meses antes. En reciente tiempo habían caminado desde un campamento de Santa Rosa Arisiáchic, donde vivía y trabajaba Miguel. Cargando sueño, cansancio, hambre y frío, penetraron y salieron las montañas. Para resistir, la moral alta prestaba mil recursos. Ese veintitrés de septiembre, el bosque chihuahuense, ponía fijación en el grupal juvenil. Alguno del grupo diría que los saludaba extendiéndoles viento congelante. Ése que saluda a los audaces que renuncian al lecho cómodo habitual, porque construyen futuro en presente, con mérito y esfuerzo. Anomalía es la mejor consejera en ávidos del cambio. Quien teme transformación se construye mundo simulado, sin cambios sustanciales. Por eso, los elegidos llegan sólo en ciclos, siempre expuestos a intemperies de injusticias, ahuyentando mediocridades que gobiernan y reconociendo, por contraste, a consecuentes seres. Es manera como aportan cualidades.

El accionar del grupo resultaba por fusión que daban a su “verdad absoluta” y a un valiente “apechugar”. Diferencia ante letargo que se estila en sociedad de consumo enajenada.

Más o menos este pensamiento campeaba en la plataforma del camión carga trozos, aquella madrugada. Cada muchacho asumía, en retrospectiva, recuerdos, ideales, sueños. También se arremolinaban sinsabores significativos y errores sin corregir. No sabían, si tendrían oportunidad de arreglar lo pendiente, consiguiendo revancha y rectificando males guardados. Esa posibilidad, aclararía la alborada del veintitrés. Poco faltaba para comprobarlo.

Miguel se remontó a su niñez. Con dulzura, le vinieron imágenes de padres y hermanos. Los repasó y saboreó como única vez en años. Se dijo: “Ni siquiera se imaginan.”

Casi escuchó desde conjunción del aire, pinos y montaña la tierna voz de Cuca, su madre. Volvió a sentirla cuando lo despertaba, aseaba y alimentaba antes de ponerlo en la escuela. Su primaria adorada: “Guadalupe Victoria,” estaba frente al hogar en su pueblo natal San Bernardo, Durango. Allí, donde su maestro Alfredo lo esperaba con alegría. Llegaba feliz, puesto el morral de tela gruesa hecho por Cuca. En esa escolita rural recibió de su mentor más querido, conocimientos y consejos que le motivaron evolución recia. Maestro y familia marcaron inicial camino para hacerlo hombre de bien.

Un amor supremo aparte de Cuca, la cotidiana guía, fue su padre. Cuando le venía recuerdo, brotaba y se extendía el orgullo. Qué valentía en su progenitor. Cuánta rectitud traía. Nombre, temeridad y honor eran semejanza entre padre e hijo.

Ningún pasajero percató los estremecimientos que provocaron en Miguelito, como ellos llamaban, fuertes y cándidos recuerdos. También, iban disfrutando y sufriendo por lo mismo. Nostalgia, tristeza, alegría, temor, obligación: trasminaban trece viajeros. Sólo el chofer llevaba otra seria y diferente preocupación.

Perdigones en las almas.

Fin al descanso. El sueño decretó abandono a Miguel padre. Vacilante lo acogió sobresalto. Sintió presión sanguínea alta y dolor de pecho. Recostado buscó organización al pensamiento. Entre miedo a lo desconocido por presentimientos recientes y su temple natural, vino fortaleza urgente que le dio equilibrio: la presencia de Cuca y sus hijos.

Otra vez, el ritmo cardíaco cedió favoreciéndolo. Tomó calmante infalible: su familia.

Pensó en cada integrante de su estirpe. Dejó firme adhesión con cada cual. Con fluidez los recuerdos se alargaban y tomaban anchura al margen de cualquier dolencia, asistemáticos.

El amor por su Cuca, solvente manantial de caricias cristalinas, era reclusión a la gloria anticipada. Qué mujer, alternativa coincidente para tanta necesidad. Preciosa farola del umbral de su paraíso formado por pinos, montañas y aire congelado. Reflexionó: “Si adversas vienen duras situaciones, ella afrontará”. Madre en construcción elemental, cosiendo y cocinando: zurciendo vidas y alimentando almas, perseverante. Callada, no sumisa; cariñosa, no fingida. Ingeniosa frente a crucigramas hechos para su familia y medio de amor. Sin gritos, con embelesos ponía “arreglo” en los hijos y el padre. Suave complemento para inspiración del carácter de familia, pues componía prosa fina y poesía.

Caso contrario, no en principios, Miguel. Duro, estricto, orgulloso, fajado: era su natural. A cabalidad asumió cultura de sus antepasados cubierta por trabajo, disciplina y decencia.

“Patrimonio campesino para sobrevivir y dar herencia”, decía a colaboradores y amigos, cuando fue presidente municipal de San Bernardo, donde levantó bandera del reparto agrario a sangre y fuego, durante memorables jornadas. Esa historia honorable, la cuentan viejos agraristas y sus linajes, en aquel municipio que lleva nombre del santo francés, fundador y abad del monasterio ubicado en un valle claro (Claraval). Clérigo muy ufano y defensor pertinaz de su creencia. Será por eso que el oriundo del lugar adquiere orgullo y fama de trotamundos, como su patrono. Sólo por lo dicho, vale el nombre San Bernardo para este pueblo. Con esto basta la justificación.

Voz fuera: “¡Que frío! ¡Fuego!, ¡fuego!, ¡fuego!” Lento fue al frente donde la estufa de leña. Abrió escotilla y, auxiliado con fragmento ramal en forma de gancho, acomodó tizones de pino y encino, que fueron mejor consumo para el fuego. Generoso, se incorporó calor ambiental y socavó al frío hiriente que penetraba por ranuras de pegaduras defectuosas. Con tarea cumplida regresó a una silla del fondo en la cocina fraternal. Observó, de reojo, advenimiento del alba que iluminaba el patio. La higuera, los granados y el nogal, que muy niño plantó Miguel hijo, le mostró la luz del día. Recordó cuando descalzo y usando pantalón de pechera, corría entre corrales con pelo al ras por corte que él le hacía. Su niño devoción, se transformó en hombre cuando menos imaginó: acto común de los padres.

Volvió vista sobre la aurora. Ya no hubo duda: premonición era por el ausente que canceló comunicados. El hijo obediente y moral. Aquél presentimiento, dejó enervantes en él, crueles, sembradores de alarmas y dolor. Tomó adopción el indeseable. La punzada dejada por la incertidumbre, esa vez, le aceleraría el fin biológico. Pago de contado; consecuencia fatal.

Sin embargo, su armadura guerrera, aún reluciente, estaba para combate, si el indeseado quisiera llegar. No se derrotaría; no esa vez. Ahora levantó ojos al cielo y vio cómo las estrellas más brillantes se resistían ante retiros. Lúcido, recompuso leyenda sobre ellas. Una que contaba a descendientes en la milpa cuando, trabajándola a desdén, se les hacía noche. Regresó sonrisa tenue recordando carita angelical del niño. Por instantes, cerebro y corazón la sujetaron como película. De salida dijo algo parecido a una oración. La mente, del espacio al bosque, vino. Cerró puños y párpados. Palabras trémulas abrieron volumen en la atmósfera. El mensaje: “Dios te acompañe, hijo mío”.

A corta distancia Cuca observaba, calladita. Se incorporaba al juego del destino, en silencio, a su manera. Con firmeza, por el fino instinto de protección que tienen y atesoran las madres.

Destino histórico.

Poco antes de incertidumbre del padre, Miguelito revisaba armas, cartucheras, dinamitas. El grupo establecido a orillas de una laguna cercana a ciudad Madera, trabajaba con esmero. Tejía una aventura aproximado el amanecer. Su cita con el arretrato, era en horario impostergable.

Habían repasado tácticas de ataque al enemigo. En remedios, era el único. Gobierno y terratenientes habían provocado respuesta del fusil contra fusil. Asesinatos de campesinos, indios y maestros por autoridades y guardias blancas no seguirían, dijeron. Jefatura monolítica, gobernador enfermo del cerebro y acaparadores del bosque acabaron por destruirles creencias jurídicas. Ya no servían quejas ni manifestaciones. Desgastadas, se volvieron insuficiencias. Qué hacer si nadie escuchaba. Dónde buscar si sólo esperaban encarcelamiento, tortura, asesinato y... ¡oh, crueldad!...burla. El ministerio de “justicia” era horca y cuchillo, servil a poderosos. Los que encontraron respaldo en Práxedes Giner, gobernador indecente y represivo. Aunque se declarase destacado villista, gente visionaria lo calificó de obcecado, palurdo y mendaz. Cuenta, la voz popular, que comerciantes ubicados en calle Libertad le burlaban,

alegando que su apellido sonaba a nazi de baja categoría. Con menos de esto, era suficiente para rebelión. Aparte, insurrección del pueblo libre se deslizaba sobre el cosmos. Desde una isla del Caribe llegaban olas con espumas libertarias. Esto encantaba al espíritu indomable de la juventud virtuosa, adelantada, donde giraba el maestro de San Bernardo con su moralidad.

Se había acumulado tanto golpe, tanta injusticia, tanta soberbia, tanta miseria. La cerrazón se hizo obstinada y mostró descaro; exageración. Lógico, encontró rechazo en mentes libres y valientes corazones; no esperaba. Así se acuñó el grupo.

La laguna vio a Miguel levantar rostro hacia el firmamento. Con mirada profunda, su marca, observó las estrellas e insistente, el cerebro, siguió con acarreo de recuerdos hacia depósito donde los sentimientos: “Las estrellas son almas de personas buenas que cuidan de nosotros. Un ser superior las designa como testigos de conducta humana. Por esa fiscalía: malvados son castigados y benignos reconocidos.” Eran palabras que le decía su padre, durante faenas campesinas, allá en su milpa de San Bernardo en el pie de la sierra duranguense.

Se reacomodó chamarra. La que con cariño le había guardado su hermana, la maestra, quien marcó senda del magisterio en su familia. Por segundos: otro recuerdo, y murmuró: “Ya verás Estela, lo van a entender, claro que sí”.

Su mente quedó en blanco. Debió ser por segundos y fracción.

En seguida, quiso pero no pudo. Inevitable fue. Habló su corazón y pisó terciopelos del amor; no siempre son eso. El cariño de mujer, tan vital, le respingó. Por algo dice el cantor: “Es necesidad que sirve para vivir.” Apenas comenzaba a descubrirlo y lo aceptaba como: el mal incurable, sin vacuna. Plaga picante virulenta, destanteo de los mortales, enfermedad causa quebrantos. La que mata poco a poco o, al menos, ataranta. Qué barbaridad, si el resto de la humanidad no estaba exenta del reproductivo virus, tampoco sus compañeros. “Ni Miguel”, se dijo. A todos, aunque parecieran descansar, llegaba sensación agridulce del amor, en retazos, con recuerdos y deseos. Amor...explosión y consumo total en los sentidos por causa de fusión del apetito insaciable que tienen alma y cuerpo. Dique termal con aguas tentadoras y profanas. Abismo o cima, escozor o gratitud, lejura o cercanía. Infierno y gloria es el amor. Impredecible, regresivo y cambiante, se hizo cargo de latidos en arterias del plasma fresco, esa noche concluyente.

Pasional inteligente, Miguel, buscaba de la vida, oportunidad para encontrar mujer idealista acompañada por pasiones. Sus ensueños eran

fugaz pretérito. Aspiraciones, intentos...caricias pasajeras: nada más. Con letal conclusión, cerebro sentenció a corazón y ordenó darse tiempo para encenderse fuegos. Sonrió y fijó vista en el espacio, donde estaba su inspiración suprema. Por el rostro encendido, eso parecía en aquella noche de septiembre.

Entrecerró sus negros ojos y extendió el largo y delgado cuerpo. La agudeza mental cambiaba del entresueño a claridad de estar despierto y al revés: veloces pensamientos de recuerdo a convicción y de ideal a evocación. Este hombre vació alforjas existenciales, esparció vivencias e hizo reverencia por su creencia aquel día, sobre aquella laguna de la orilla, en una ciudad, sobre esa sierra. Lo mismo hicieron sus amigos que, junto a él, parecían estar en descanso mundano, despreocupado y, no era cierto.

Los minutos con sus segundos, imperturbables, fueron precisos. Como han sido desde la creación del tiempo. Quien ha vivido con intensidad lo entenderá, como entendían huéspedes del hostel de la laguna. Ellos ofrecían por coraza, contra tanto infierno, su limpio y noble pecho. Lo hacían porque otros gastaban existencia en nada, perdidos en adoración de fetiches del consumismo; falacia total.

Sonó la campanada final que sus instintos estaban esperando.

- ¡Arriba compañeros!-- dijo el joven campesino, encargado de la última guardia. Reconocido por justiciero.

- Es hora de entrar en acción. Es nuestro momento. Tiempo para justicia
- aseguó la voz de otro muchacho, el comandante principal de esa atrevida camada, a quien le llamaban Ernesto, por nombre para combate.

La hora había llegado: meta a la vista. Habría que ir a conquistarla. Cruzarla; menudo problema.

El chofer del camión maderero, con preocupación diferente, encendió máquina. El ritmo del motor fue regulado; contrario el loco movimiento de corazones gladiadores, prestos para ir a la batalla, sin cargas patéticas y fuera las compasiones. Por eso, con entereza, se sacudieron cargas mentales cuando sintieron el tufo de adrenalinas. Ahí, encargaron geografía de imágenes soñadas. Quedaban al resguardo en la laguna, como tributo guerrero a una monumental y misteriosa naturaleza...divina.

En la penumbra desapareció el camión, secuestrado un día atrás. La ciudad absorbió su carga. El nuevo día lanzaba señales en cocinas y

patios. Una historia presta, preparaba papel de apuntes y cálamo favorito: con tinta rojo carmesí.

Herencia de honor.

Abrió la puerta quitando con un pie, la piedra que ocupaba función de tranca. Miguel padre salió y miró los lados de la calle. Puso aire fresco en sus pulmones. Era el mismo que respiraba a diario desde inicio del siglo, cuando vino a la vida. El aire era su elemento preferido por complicado a la mercadería. Complejo para entubarse, embotellarse o hacerse tabletas, era un maravilloso regalo a las criaturas del Señor (esto lo aprendió de Neruda), por eso, no se lo arrebatarían a sus hijos. Y cuando en forma de viento recorría veloz las dos avenidas del pueblo, lo deleitaba revoloteo de polvo, cabellos, crines, ilusiones y vidas. Era el aire, simbolismo de lo que deseaba a sus retoños. Eso les decía, tantas veces, cuando dormían o no se daban cuenta. Era didáctica de su cultura: enseñanza dura con dogma ancestral. Táctica del aprendizaje guerrero en disciplina férrea pero cariño grande apenas insinuado, pero perceptible en quien lo conocía y aprendía de él.

El inusual cerrojo, aseguró la puerta. Fue al interior, al patio. Ya en él, escuchó sonido de naturaleza estática y en movimiento. El ruido triturador del molino, reloj gratuito de los pueblos campesinos, le atrajo más recuerdos. El tinamaste, utensilio y habitante común del último corral, los remachó. Vio generaciones de familia cocinando nixtamal en él. Cada hijo aprendió el oficio como ritual. Así Miguel hijo, antes de internarse en la normal Salaices, pasando Parral. Primero le otorgó herencia de trabajo diseñada por padres y abuelos: pastar animales, ordeñar vacas, trabajar milpas, desgranar mazorcas, prender fogatas, ir al molino. Así suscribe ese legado: Trabajo es movimiento, es honor, es enseñanza. Educándose lento...muy fuerte. “Haciéndose hombre”: decía el padre.

Otro aprendizaje, rocío de purificación, lo completó: corretear gallinas, leer cuentos a Cuca, husmear el escritorio de papá, oír noticias por la radio en familia. Frecuente broma y pleito con hermanos por ocurrencia o bobera. Al final, risas con alegría puesta: infantil refugio. Alegre, obediente, se hizo Miguel. Se transformó en hombre más allá del físico. Creció en desconocida dimensión; la que es negada a conformistas. Se fabricó a sí mismo, como estalactita milenaria, diseñada por cristalinas y purificadas aguas subterráneas.

Miguel, volvió a su silla favorita. Le retornó la perseverante inquietud, que le había acompañado siempre. Estaba agitado como en los viejos tiempos. Pero esta vez era envidia del guerrero; no de enfermedad. La que algunas veces cargó por defensa del agrarismo acompañando razón con revólver. Fue tanta, que anduvo fugitivo por esa causa. Sólido, inalterable, vio correr sangre por emancipación campesina. Otro orgullo: su pobre palacio municipal fue trinchera de los sin tierra. En el lugar se acreditó: guerrero del pie de la sierra.

A pesar de todo, recuperó confianza y caviló: “Ojalá mis hijos sepan distinguir diferencias entre el bien y el mal...y aprendan defensa...para enfrentar perversidades...ojalá...oja...lá.

Con el rostro de su Miguel, fijo en la cámara cerebral, empezó a dormitar. La alborada entraba en madurez.

Una alborada para Miguel.

Con una historia hambrienta de cambios y disponibilidad del grupo, fue inevitable historia cruenta. Esto sucedió durante el tiempo del amanecer. La orden para iniciar ataque salió sin vacilación. El comandante mayor ordenó:

- Pégale al foco.

Cuando fue hecho añicos por disparo que hizo otro novel y osado campesino, de los mejores rifleros formado en la montaña, se desató tormenta.

La milicia insurgente atacó plena en coraje, descaro, lucidez. Tronaron fusiles, impropios para tan complicada jornada. Estallaron anhelos junto a bombas molotov de construcción casera. De ese tamaño era el mísero presupuesto de guerra. Claro, armas que portaban eran impropias: altos, sí, sus ideales. “Alguien tiene que empezar”, les dijo uno de ellos, el muchacho con mayor edad, de probó valor y sabiduría inmersa. El médico y maestro de profesión y vocación: un guerrillero por obligación con múltiple convicción, llamado: Pablo.

Por tanta bravura y decisión al abordaje, cayeron los primeros soldados del gobierno. Les pareció posibilidad de triunfo y creció ánimo en el comando. Lo esperaban, ante enorme esfuerzo conjuntado. En ese amanecer vibraron con furor por la batalla. Hecho vertiginoso: sobre vibraciones se empalmaban más vibraciones, y sobre éstas otras y más. Los cuerpos no tenían forma de regularse; mucho menos tiempo. Aún que requerían función nerviosa al cien, ante delicado momento, fugaces se les echaron encima sueños y recuerdos en el clímax del combate. Ahora:

mandato de corazón a mente. Fue irónico gusto que se dieron. Tan sólo imágenes que aparecen cuando se siente el fin, fue pasarela puntual.

Sin embargo la respuesta no tardó. Hechos rebasaron teorías y ubicaron justa dimensión. Detonaciones estruendosas sonaron desde el bando contrario. Las balas, chirreando, llegaban a sus costados, como avispero antes de cercenarlos. Fue preámbulo diminuto anunciando fatalidad. Los fusilazos contrarios eran continuos y potentes, apantallando la pobre artillería de los zagales. Entonces, arreció la tormenta y, el termómetro que mide emociones tronó. Cuando el ejército se puso en las espaldas, la emboscada vestida para festín, cerró pinza mortal.

Agresiva reversa les llegó. La pequeña tropa superada en número y armamento, olfateó final. Descomunal ofensiva, cuota de sangre facturó. Comenzó caída asomándose, tibia, la mañana.

Miguel nunca abandonó trinchera. Cumplió firme el acuerdo de resistencia necesaria. Recorría raudo distancia entre escuela e iglesia, y viceversa. Rápido, cuidadoso, vaciaba parque de su fusil. Mantuvo a raya sus contrarios por buen rato. Luego, lo triste, a compañeros vio en agonía, pronto muertos. Los disparos rompían carne y huesos, acortando respiros y tiempos de pelea material. En el lugar, unos que no entendían, ametrallaban a otros de solvencia moral que: sabían por qué.

Cuando sintió enemigos en sus costados, se le mostró patente el final. Rotas estaban las trincheras. Sin amarguras se percató de conclusión. El ideario y fuego familiar, apoyaron magnificación sobre el umbral del comienzo, donde empezaba su eternidad.

“Sé que entenderán”, dijo con voz suave, audible para él y, concluyó plazo. La aurora y sus rayos pegaban en rostros y cuerpos de atacantes que, sin contemplaciones, fueron por él.

Con agudeza mental y agilidad, aún intactas, ingresó en milpa cercana del combate. Ahora disparaba un revólver treinta y dos veinte, comprado con su último préstamo magisterial, en verano.

Miguel era atleta, alférez natural de reflejos felinos, al que sorprendidos soldados no le acertaban, coloreando de epopeya su resistencia. Cada pedacito temporal de vida lo agrandaba y desmeritaba agresores. De fábula sería precisar ideas que le fluyeron, entre disparos de verdugos y acciones en su organismo. No lo contaría la historia limitada. Estarían hablando los dioses.

Los movimientos se hicieron cortos; muy largos en dimensión. Para desgracia, tuvo conclusión la desigual confrontación. De costado, rumbo a pecho y estómago, le llegó ráfaga en escala. Cayó de costado, sobre légamo del maizal. Fueron dos impactos que le provocaron choque

hipovolémico. Pegadita, sobrevino facie premórtem. Se afiló su nariz. Los ojos se le hundieron y pusieron vidriosos. Sintió euforia y angustia, cambiantes de una a otra. Hizo presencia una sed extrema. Color terroso pálido adquirieron sus labios y llegó respiración rápida, superficial.

Con esfuerzos, su cabeza iba de un lado a otro pero su cuerpo permanecía inmóvil. Claros, evocaba los nombres de Cuca y Miguel. Después entrecortados, ininteligibles. Su respiración se hizo lenta, profunda, dispareja. Dejó de hablar. Llegó la nada. Cuando le dieron tiro de gracia, ya no sintió.

Era jueves 23 de septiembre, durante su alborada, cuando el nativo de San Bernardo quedó, para siempre, viendo el infinito y sus estrellas. Esa mañana sembró huerto de esperanzas anegado con sangre, para hacer posible el cultivo. Silentes testigos fueron pinar y montaña, laguna y maizal. Fue una alborada para Miguel y sus amigos. El amanecer de la justicia, escrito en carmesí.

Leyenda en extensión.

Cinco sobrevivientes emprendieron retirada obligada, rumbo a su madre natura. Dicen fue hechizo: la sierra multiplicando fronda y agrandando despeñaderos, invalidó pasos enemigos. La pertinaz lluvia obscureciendo sendas y ocultando paisajes, cegó intrusos. Los maltrechos luchadores confeccionaron resistencia improvisada, y una ventisca del interior desparramó olores eliminándoles olfato a los sabuesos del capital. Respondiendo al instinto justiciero, la gente les esparció amor y protección. El que tenía otra inquietud, comprendió la razón de sus raptos. Aquel día, por vez primera en mucho tiempo, el latifundio tembló. La alborada anunciaba nueva época.

El indolente gobernador recibió informe de la acción justiciera, contraponiéndose. A los muchachos llamó: “[...] locos mal aconsejados.” Luego, frente a los caídos, que nunca quiso ni supo escuchar, pronunció palabras que, según criterio cristiano, lo acercaron al infierno: “Querían tierra, hártense de tierra.”

Sin mortajas ni lágrimas, sin ataúdes ni responsos. Nula la piedad, Miguel hijo, se acomodó en hilera, junto a sus amigos, en fosa común. La húmeda tierra del montañés cubrió los cuerpos con eternidad. La excepcional tumba, el pueblo hizo monumento del ideal libertario.

Estela, lo reconoció en foto que publicó un periódico. Vio la sonrisa cautiva, aún en momento supremo. Eso dio tranquilidad y afianzó cariño por Miguel. Sigue recordando: llevaba puesta chamarra que le había guardado un tiempo. Se enterneció por el hermano. De hecho, empezaba mistificación, partiendo desde donde debería: en entrañas de los suyos, con cariño y coraje, marca indiscutible de la casa.

Un hombre falaz, de gesticulación repugnante y rostro flácido, que llamaban presidente, desde un despacho capitalino, revisaba nota periodística de prensa irreverente. Insolente, desde punto de vista del individuo. Con sus ojillos leyó, ávido, a través de cristales con aumento alto en anteojos caros. Una mueca le abrió exorbitante boca mostrando dientes amarillentos.

- ¡Que se vayan al demonio!-- gritó, arrojando el diario al suelo, encabritado, y salió presuroso.

La nota decía: “Este 23 de septiembre un grupo de jóvenes revolucionarios asaltó el cuartel militar en Madera, Chihuahua. Con ello se confirma la falta de atención del gobierno sordo con su pueblo, en este caso para los campesinos e indígenas del norte. En acción perecieron ocho guerrilleros, que nos avisan sobre cambios necesarios, que sustenten la democracia para los mexicanos”. Era nota que desquicia a cualquier gobernante dictatorial. “[...] a mayor fiereza del averno; mayor será su castigo. Así reza una máxima del libro de ángeles justicieros.”, concluía la nota del periódico que, por disiento, fue clausurado.

Días después, al fondo de una cañada por Canutillo, el Mayor Medina suspendió trabajo. Detuvo yunta y secó sudor. Puso ojos sobre el cielo y, recordó cuando fue combatiente de la “Brigada Morelos” en su “División del Norte”. De pronto, marca del disgusto se dibujó en su rostro. Mandó mensaje: “¡Qué vergüenza eres Giner! Nunca tuviste talla. ¡Cómo no te fusiló mi General! Y terminó con voz apenas pronunciada: “Debí haberte ajusticiado yo merito”.

Compuso figura y suspiró desahogándose. Dio el arre a bueyes uncidos al yugo y, satisfecho, continuó jornada.

Esa navidad, en un corral de choza humilde en Arisiáchic, una niña tarahumara, llamada Consuelo, mostró a sus abuelos un notorio hecho. Encima del encino, sobre firmamento, habían aparecido más estrellas. Más de las que había observado en su tierna vida. Ahora, desde la

ventana de pino, cubre su inocente rostro luz de plata fina, lo cual fascina a la traviesa.

Dos años después de la gran alborada, Miguel padre regresó con su madre tierra. Mermada la salud por tanta batalla, el guerrero mayor, cerró cansados ojos, para siempre. Su herencia de leyendas recorre pie de sierra en su paraíso y pasa de generación a generación. Durante atardeceres, los viejos que despiden la vida con sabiduría, sentados sobre esquinas pueblerinas de San Bernardo y El Oro, aseguran: hay nuevos fiscales en el cielo.

Cuca, en místico silencio, guardó legado de padre e hijo. Remendó heridas, maquilló cicatrices, dispersó miedos. Lo hizo a fuerza de carácter maternal y esposa íntegra. Y avanzó, muy orgullosa...con paso firme.

Una década después del acontecimiento, en la comarca grande, Gilberto, tomó estandarte del amigo que llevaba moralidad suprema. Y si escucha cantar a José Alfredo, le reviven pasados. Inspirado en Miguel se enroló en igual proyecto, germinado. Madera resurgió en conciencia y venas de otros mozuelos. Otra vez dique y deseo. De nuevo del sueño al sacrificio. “Qué remedio”: seguirán diciendo las estrellas.

Secuelas de primeros vientos.

Décadas después del hecho, un novel desconocido, esbozó:

“Sucedio hace tiempo. Ni siquiera sé si hace mucho o poco No podría precisarlo, porque es relativo y está subordinado al suceso que fue trascendental en historia que marcó cambios favorables para las mayorías. Los hechos relevantes de acciones humanas en bien de la sociedad dejan marca imborrable en historia verdadera; no la que falsea y, por desgracia, va a parar como texto a pupitres de niños mexicanos. Mi padre, con quien escuchaba la radio de banda corta, cuando pequeño, describía defensa mítica del pueblo cubano contra imperio del Norte en “Bahía de Cochinos”, me mostró una revista semanal de circulación nacional que con morbo y crueldad exhibía a jóvenes postrados ante la inexorable muerte. Los vimos arrojados al fondo de una tumba común que habrían de compartírsela por eternidad.

Al paso de los años entendí mensajería del padre. Antes de la tumba, compartieron corazones durante precoz pero consumada amistad. Su única mortaja sería tierra de montaña tarahumara. La que les había inspirado

sueños e ideales...y que por corajuda congruencia brindaron por ella, con vino tinto; su sangre.”

“Ahí estuvo Miguel. Exacto fue con el glorioso destino. Valiente, muy valiente y decidido lo acompañó fuerte carácter, a la cita. Firmeza, fiel melliza, cabalgó en comunión absoluta, junto a él, durante su corta vida mortal. Alto y apuesto era este norteño, acostumbrado a decencia extrema y colectivismo social. El maestro rural de ascendencia campesina, no estaba exento de dolores ni limitaciones humanas. Lo que amarra y no permite paso firme en el transcurso de vidas, haciéndolas convencionales. Miguel creció en ambiente defectuoso, muy pecaminoso, parecido al nuestro. Como pocos, supo hacerlo a un lado: deshizo convencionalismos y construyó trascendencias.

Mucho antes de la globalización extensa del monopolio, vestido con frac neoliberal. Más atrás del esfuerzo democrático que abarca de los sesentas a ochentas y que trajo “guerra sucia” del sistema, cumplió con aportación de joven héroe, dando lo más preciado del ser humano: su vida. Quedó signado: grande por arriesgado. Está en el tejido de leyenda, la más cautivante que cuentan los rarámuris. Relato mágico, esparcido como nutriente cultivo a parvulitos cobrizos y mestizos, en oración mistificada. Primeros vientos soñadores salieron del bosque y fueron a universidades y taller. Fauna, flora y cielo vieron luz del alba llegar al ceremonial. La aurora dio fe del escenario epopéyico. Majestuosa, la alborada registró proeza del hijo ausente y amigos. Fue una alborada para Miguel, y los demás guerreros: los caídos y los que sobrevivieron.”

“Los jóvenes estremecieron falsos procesos, estrujándolos con movimientos convulsivos de su muerte, firmando acta de hechos. Sabían, pronto se multiplicarían en otras corrientes turbulentas, empezando en Tlatelolco. Nuevas epopeyas revolucionarias del pueblo, hechas con glucosa generosa, fueron al tintero. El ataque al cuartel rompe tranquilidad del absolutismo. Cuánto tardamos en aprender la enseñanza de esa alborada. Siempre será insuficiente escritura, música, lienzos, en homenaje. “Serían buenos ejemplos haciendo brechas:” dirán en donde estén. Ellos sí que germinaron limpias aspiraciones, renunciado a premios y formalidades, sin equivocaciones por causas de amor o apreciación política. Están bien porque lo hicieron. Su conquista: La alborada del 23 de septiembre será paradigma y recuerdo por todos los tiempos. ¡Salud!

Comarca Lagunera.

Navidad de 2005.

josegerardo_01@yahoo.com.mx